

¿QUÉ SABEMOS HOY DE JESÚS DE NAZARET?

Ninguna figura ha ejercido una influencia histórica mayor que Jesús de Nazaret y en la sociedad secularizada su presentación histórica es imprescindible y la manera más adecuada de acercarnos a su persona y a su obra. Se trata de hacer un estudio crítico porque abunda la literatura fantástica, la apologética poco seria, los desahogos anticlericales y la teología subrepticia con ropaje de historia. Ni Sócrates ni Jesús escribieron nada. Pero gracias a los escritos de sus discípulos podemos tener una imagen fidedigna. En el caso de Jesús los testimonios son más próximos y numerosos. Necesitamos recuperar la persona de Jesús, lo esencial de su mensaje y lo mejor de su impacto histórico.

Que sabemos hoxe acerca de Xesús de Nazaret? Encrucillada 194 (2015) 377-399

La cuestión histórica de Jesús hoy

La investigación histórica llega a resultados hipotéticos pero gracias a la ingente investigación realizada vamos alcanzando algunos consensos. La fe es un acicate para conocer mejor la historia de Jesús, afinar los métodos y estudiar a fondo los textos. Esta investigación es incapaz de llevar necesariamente a la fe. Confesamos en Jesús una realidad que trasciende la historia pero que se nos revela en ella. Por esto interesa conocer lo mejor posible a Jesús. La fe tiene que escuchar la investigación histórica y ponerle preguntas; pero no puede dictarle el resultado de su trabajo.

Las fuentes para el conocimiento histórico de Jesús son fun-

damentalmente los evangelios examinados con los “criterios de historicidad”. La literatura apócrifa es importante para conocer las primeras comunidades, pero apenas aportan algo al Jesús histórico.

Este estudio ha de ser interdisciplinar. El examen crítico de los textos es básico. Pero las aportaciones de la historia social, de la arqueología (especialmente la realizada en Galilea) y de la antropología cultural proyectan una nueva luz. Se trata de situar los textos en su contexto histórico, social y cultural. Hay datos esenciales a tener en cuenta: el gran pluralismo del judaísmo antes del año 70; la omnipresencia del imperio romano, que tenía en los herodianos sus agentes de penetración; la precaria situación de los campesinos galileos como consecuencia del pro-

ceso de urbanización (Séforis y Tiberíades y las recientes excavaciones de Magdala); la penetración de la cultura helenista; las singularidades de la vida familiar y patriarcal; la creencia en los espíritus y tantas características que pone de relieve la antropología cultural.

El Reino de Dios como motivo de la vida de Jesús

No tenemos información sobre la infancia y la juventud de Jesús, pero todo indica que permaneció poco tiempo en Nazaret. Acudió a la llamada de Juan Bautista que desencadenó un movimiento de conversión y practicaba un rito bautismal en el Jordán. Su relación con él fue decisiva para su experiencia religiosa y su vocación.

Cuando Jesús empieza su actividad pública tenía “unos treinta años” (Lc 3, 23); era ya un hombre adulto. La mayoría de sus oyentes y discípulos serían más jóvenes que él. Se separó de Juan y fue en busca de la gente recorriendo los pueblos de Galilea y anunciaba la inminencia del Reino de Dios. Que usó esta expresión es incuestionable porque la frecuencia con que la utiliza no se explica ni como prolongación de un uso judío ni como proyección de la primera Iglesia que la utilizó poco. Jesús empalma con la tradición profética que usaba esta expresión en los momentos de mayor opresión de Israel. El Deutero Isaías anima a los desterrados anunciándoles una

intervención de Dios (Is 52, 7). Daniel usa la revelación a través de sueños. En el que tiene Nabucodonosor (cap. 2) la pequeña piedra, que se convierte en una gran montaña, es el Reino de Dios (Dan 2, 24-45).

El anuncio del Reino de Dios en la tradición bíblica es una proclama anti-imperial y suscita la esperanza en los momentos de mayor dificultad. Jesús opone el Reino de Dios al Imperio del César y a la teología que lo legitimaba. Los campesinos de Galilea se encontraban angustiados por las cargas fiscales de los herodianos y sufrían la destrucción de su modo tradicional de vida. Emergía una élite sacerdotal y laical centrada en las ciudades. El anuncio del Reino de Dios provocaba la animadversión de estas élites y suscitaba el entusiasmo del pueblo sencillo.

Lo más propio de Jesús es la afirmación de que el Reino de Dios ya está irrumpiendo. “Si yo expulsó los demonios es que ha llegado el Reino de Dios”. “La venida del Reino de Dios no se produce aparatosamente; no se dirá vedlo aquí o allí; porque el Reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17, 20-21).

Para Jesús el Reino de Dios no se afirma por la violencia, como esperaban importantes sectores judíos. Tampoco espera una intervención angélica ni considera que lleve aparejada una catástrofe cósmica. Jesús compara el Reino de Dios con el pequeño grano ente-

rado que se convertirá en un arbusto capaz de acoger las aves del cielo. O con un poco de fermento que hará fermentar toda la masa.

Jesús no es un sabio contracultural ni un apocalíptico iluminado. Jesús no piensa que el mundo está totalmente corrompido. Hay trigo y cizaña. Sin embargo Dios y su Reinado están actuando en el mundo. Jesús descubre la bondad de Dios en la naturaleza y en la historia. Nos invita a descubrir el reino de Dios, aceptarlo, acogerlo, agradecerlo, celebrarlo y hacerlo fructificar.

El Reino de Dios está presente, pero su plenitud está por venir. Nos urge a estar preparados porque no sabemos el día ni la hora; enseña a implorarlo (“venga a nosotros tu Reino”). Cuando Jesús habla del reino de Dios habla de una acción escatológica, pero no piensa en una catástrofe cósmica ni en el fin del mundo, sino en una honda transformación histórica.

El anuncio del Reino se dirige a Israel. En la Biblia, Reino de Dios y Pueblo de Dios son corre-

lativos. Se trata de que Israel cumpla con su misión en la historia de salvación, acoja el reino de Dios, haga visible su valor humanizante y sea una luz que atraiga todas las naciones a la fe en Yahvé (Is 2, 1-3). Jesús promueve un movimiento de renovación que se dirige a todo el pueblo, no a una élite de elegidos. Los fariseos eran “los separados” porque solo ellos eran fieles cumplidores de la ley. Los esenios de Qumrán expresaban esta separación físicamente en el desierto del Mar Muerto, porque solo ellos eran el pueblo de la nueva alianza. La actitud de Jesús es totalmente distinta, se dirige a todo Israel, sin exclusión; pero tiene preferencia por los marginados por el sistema teocrático del Templo.

El Reino de Dios es promesa de liberación para los pobres y consuelo para los afligidos. Es restituir la dignidad a los marginados. Es misericordia y perdón para los pecadores e impuros. Jesús invita a descubrir la presencia de Dios que transforma la vida en más humana y más justa.

SIGNOS DEL REINO DE DIOS

Jesús no fue un mero predicador. Son importantes dos tipos de acciones para expresar el Dios misterioso, humanizador y próximo. Un antropólogo agnóstico o ateo no tiene dificultad en aceptar un Jesús que cura y expulsa demonios, mientras que tiene muchas para

aceptar al teólogo presuntamente crítico.

Jesús sanador popular

Durante mucho tiempo los mi-

lagros de Jesús eran una molestia para historiadores y teólogos. La misma Iglesia recurría a interpretaciones de alegorías. Hoy las cosas han cambiado. Incluso los críticos más radicales aceptan que Jesús curó enfermedades que sus contemporáneos consideraban milagros. El hecho se encuentra en todas las tradiciones evangélicas y negarlas incapacita para decir nada del Jesús histórico.

Jesús tuvo las características de un curandero popular. Dato importante para explicar la enorme atracción que ejercía en la gente. “Una gran multitud acudió a él al oír lo que hacía” (Mc. 3,10; 1, 32-34; 1, 45; 6, 55-56). Los milagros de Jesús fueron amplificados por la fe post pascual y por la imaginación popular. Hay relatos que son creaciones comunitarias. Pero Jesús tenía poderes taumatúrgicos que lo situaban entre los curanderos étnicos que se dan en todas las culturas. Lo propio de las curaciones de Jesús es que se realizan en un contexto de fe que las interpreta como signos del reino de Dios.

Jesús exorcista

La expulsión de espíritus inmundos suscita en la actualidad serias perplejidades, pero es un dato incuestionable en la vida de Jesús, especialmente iluminado por los estudios antropológicos actuales. Se encuentran los exorcismos en las fuentes más antiguas (Mc y Q) pero después dejan de mencionar-

se y no aparecen ni en el evangelio de Juan ni en los textos narrativos de los evangelistas. En toda sociedad hay personas estigmatizadas, excluidas, que llevan una vida más o menos tolerada. Puede ser una etiqueta étnica (a la orden del día en la Europa actual) social o moral (afecta especialmente a las mujeres: “es una tal”), exclusión que es una autodefensa y una válvula de escape de sus contradicciones.

En sociedades que creen en los espíritus se recurre a ellos para expresar fenómenos de especial gravedad (“está endemoniado”, “poseído por un espíritu impuro”). Hay estudios antropológicos de suma utilidad para entender los textos evangélicos. El fenómeno es más frecuente en sociedades con graves desajustes sociales y culturales; por ejemplo las mujeres en las sociedades patriarcales.

Jesús con su autoridad, acogida y ofrecimiento de vida libera de los espíritus inmundos. A los gerasenos les entra miedo y le piden que se vaya. Le acusan de expulsar los demonios porque él mismo está endemoniado. Jesús no recupera los endemoniados para reintegrarlos en el viejo orden social, sino en nombre del Reino de Dios. Pero recuperarlos supone privar al sistema de una cómoda válvula de escape de sus contradicciones. Los exorcismos de Jesús desestabilizan el orden injusto y proponen una sociedad alternativa. Por esto lo desacreditan ideológicamente e intentan quitárselo de en medio. El

Reino de Dios que Jesús promueve introduce una dinámica liberadora muy crítica socialmente.

Jesús ante la ley y los valores alternativos del Reino de Dios

A la luz del anuncio del reino de Dios es como mejor se puede entender la moral de Jesús. Sintetizo en unos puntos las conclusiones razonables.

- Jesús fue siempre un judío respetuoso y cumplidor de la ley y lo más importante no consiste en su explicación.

- Jesús radicaliza aspectos de la ley. No basta con no matar. Hay que evitar todo tipo de agresión, incluso los insultos. Junto a la radicalización de la prohibición del divorcio denuncia las tradiciones que desvirtúan la intención de la ley (Mc 7, 8-13; Mt 23, 23)

- Jesús relativiza los aspectos rituales. En concreto el sábado y las normas de pureza. Aceptó relacionarse con pecadores, publicanos y prostitutas y no le importaban las críticas porque quería hacer visible que el Reino de Dios se ofrece a todos. Relativizar los preceptos y normas rituales era poner en peligro la identidad étnica. Estas normas distinguían a los judíos de los demás pueblos a la vez que suponían el control de Israel por parte de las autoridades religiosas. Promovió un movimiento de renovación interna en un momento de

crisis que se caracteriza por anunciar a todos, sin ninguna exclusión, la llegada de Dios y su Reino.

- Lo más característico es la importancia dada al amor al prójimo. Le preguntan sobre el primer mandamiento y responde: “El primero es: escucha Israel, el Señor, nuestro Dios es el único Señor y amarás al Señor tu Dios... El segundo es amarás al prójimo como a ti mismo” (Mc 12, 28-31). Los judíos discutían sobre cómo había que entender “el prójimo”. Jesús responde con la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37) y devuelve de forma provocadora la pregunta. La cuestión no es “quien es mi prójimo” sino quién es capaz de hacerse prójimo del hombre apaleado en el camino. Había quien limitaba el prójimo al pueblo judío. Los LXX traducen “prójimo” por “prosélito” en Lev 19, 18, es decir paganos convertidos al judaísmo. Con todo había interpretaciones más amplias que se abrían al extranjero.

- Es muy claro con el amor a los enemigos. No se refiere solo al enemigo personal sino también a los del pueblo (Mateo, el evangelista más judío, en 5, 41 se refiere a una imposición romana). De hecho, Gerd Theissen nos informa de que hubo un par de movilizaciones populares no violentas frente a Pilatos que resultaron eficaces.

- Quien acepta el reino de Dios se coloca al margen de la sociedad. Valora la realidad de otra manera. Así Jesús proclama bienaventura-

dos los pobres, los que lloran, los hambrientos. La honra, valor central en aquella cultura, es reinterpretada a la luz de la experiencia del Dios que llega: “Los últimos serán los primeros”, “El Hijo del hombre no ha venido para ser servido sino a servir”. El dinero no es señal de bendición divina sino el mayor impedimento para entrar en el Reino. Las estructuras patriarcales quedan relativizadas y cambia la consideración de los niños y las mujeres.

Los seguidores de Jesús

Jesús encontró un notable eco popular en Galilea y también, al final, en Jerusalén. Un predicador no es peligroso para los poderes constituidos si no encuentra apoyo y seguidores en el pueblo. Por eso Jesús fue peligroso (Jn 11, 48-50) “Trataban de detenerlo pero tenían miedo de la gente” (Mc 12, 12; cfr. 14, 1-2) Encontró un apoyo especial en los “simpatizantes” de Galilea. Jesús se dirige a todo Israel pero se configura un grupo de seguidores, hombres y mujeres, que lo dejan todo para seguirle. Estos seguidores se sienten atraídos por la personalidad y la autoridad de Jesús y son enviados para que anuncien el Reino de Dios por las aldeas y pueblos y realicen los signos de su llegada. La vocación de algunos de estos seguidores está muy teologizada pero refleja algo histórico: el seguimiento de Jesús se hace por causa del Reino de

Dios que aparece vinculado a su persona. El Reino es el valor supremo y Jesús el Maestro insuperable.

Jesús estableció una relación especial con doce (Mc 3, 13-19). Es una acción cargada de simbolismo. Uno de los elementos más constantes en la escatología judía es el restablecimiento de las doce tribus (Lc 22, 29-30; Mt. 19, 28). Mientras se creyó en la llegada inminente del Reino los doce mantuvieron su importancia. Por esto hubo que buscar un sustituto de Judas (Hch 1, 15-26). Cuando este proyecto no se cumple y el movimiento de Jesús se abre a los gentiles, el grupo de los Doce deja de tener importancia y desaparece.

El conflicto de la cruz

Una reconstrucción histórica de la muerte de Jesús ha de dar una explicación del hecho más indiscutible y a la vez más vergonzoso. El Reino de Dios que suscitaba esperanza entre los pobres y marginados encontraba la oposición de los que estaban interesados en mantener su statu quo. El conflicto venía de lejos pero la expulsión de los vendedores y cambistas del templo fue definitivo. Un elemento de la escatología judía era la destrucción del Templo y su sustitución por otro de excelencia divina. El gesto de Jesús quería expresar la abolición del culto terrestre porque el Reino de Dios estaba a punto de irrumpir. Las autoridades ju-

días le interpelan: “¿Con qué poder haces esto?” (Mc 11, 28). Cuestionar el templo era atentar contra la identidad del pueblo y contra los intereses materiales de la oligarquía sacerdotal. Esto le ocasionó la enemistad mortal de las autoridades judías. Con este dato los evangelios elaboran la comparecencia de Jesús ante el Sanedrín que decide su muerte.

Los responsables últimos de la muerte de Jesús fueron los romanos. También la comparecencia ante Pilatos está reelaborada por razones teológicas. Un Pilatos débil que cede ante los judíos es incompatible con las fuentes profanas (Filón). La investigación actual admite que el representante del Imperio vio en Jesús y sus seguidores un peligro. La proclamación del Reino de Dios era un desafío para la ideología imperial y movimientos similares fueron abortados violentamente.

La autoridad judía estaba controlada por la romana. Ambas actuaron de acuerdo porque veían en Jesús un peligro. La oligarquía sacerdotal sentía amenazados sus intereses y el representante del Imperio tenía que atajar la predicación del Reino de Dios que amenazaba la *pax romana*.

La experiencia religiosa de Jesús

Durante años la investigación crítica sobre Jesús evitó tratar este

tema. En la actualidad se estudia la experiencia religiosa de Jesús con una metodología renovada. Sin este elemento es inexplicable la predicación, la actuación y la vida de Jesús. Su motivación última era comunicar la cercanía de un Dios que quería cambiar la realidad. No es exagerado afirmar que Jesús no es un exegeta de la Ley ni de los textos sagrados, sino de Dios.

Jesús reinterpretó los elementos centrales de la fe judía a partir de su experiencia religiosa. Me limitaré a señalar brevemente algunos puntos.

1.- En el origen del cristianismo proliferaron fenómenos extraordinarios (visiones, glosolalia,...). En el caso de Jesús se dieron probablemente fenómenos de este estilo. Hay episodios evangélicos muy reelaborados teológicamente que pueden reflejar este tipo de experiencias en la vida de Jesús que impresionaron a sus discípulos.

2.- Cuando Jesús invoca a Dios utiliza la palabra aramea *Abba* / Padre. Es notable la frecuencia con que Jesús la utiliza. En el tiempo de Jesús la relación padre-hijo era muy fuerte y duraba toda la vida. Tenía tres características:

Obediencia y respeto. La autoridad del padre permanece siempre. La obediencia de Jesús a la voluntad de Dios es el hilo conductor de su vida e implica la profundidad de su experiencia religiosa.

Confianza. El padre vela por el

hijo y le proporciona los medios de subsistencia. El patrimonio del padre pasa al hijo. El padre se prolonga en el hijo. La confianza en Dios confiere a Jesús un talante especial: no acumular bienes, no temer al futuro, ponerse siempre en manos del Padre.

Imitación. Jesús es misericordioso como su Padre. Se expresa de forma eminente en el amor a los enemigos. Aquí hay algo propio de Jesús. Precisamente porque es el más desinteresado y gratuito es la imitación más cercana a Dios, amor gratuito y desbordante. “Si amáis a los que os aman ¿qué hacéis de más?... amad a vuestros enemigos y seréis hijos de vuestro Padre del Cielo”

3.- Juan Bautista anunciaba la justicia de Dios. Jesús acentúa la salvación gratuita de Dios. Es el corazón de la experiencia religiosa de Jesús que entra en conflicto con la idea de Dios del judaísmo de su tiempo.

Dios busca la oveja perdida. Jesús trata con publicanos y pecadores con escándalo de los sectores judíos más religiosos. Pecador era una designación sociológica de personas que desempeñaban oficios impuros, con los que un judío no podía tratar. Jesús transgrede estas convenciones sociales y se justifica remitiéndose al corazón de Dios.

Los escribas y fariseos murmuraban: “éste acoge los pecadores y come con ellos” (Lc 15, 2) Jesús les cuenta la parábola del hijo mal-

gastador, o mejor, del “amor misericordioso del padre” que cada día otea el horizonte esperando el regreso del hijo. Cuando regresa no pregunta nada, corre a su encuentro, se le echa al cuello, lo llena de besos, le viste las mejores galas y organiza una fiesta. Comportamiento inaudito en un patriarca oriental que nos da a conocer el Dios de Jesús. El hijo mayor, fiel a la ley, no comprende el comportamiento del Padre y no quiere participar en la fiesta. En su actitud se percibe la idea del judaísmo sobre la recompensa por la observancia de la ley. Ni siquiera le llama “mi hermano” sino “ese hijo tuyo”. Pero el Padre quiere que también participe de su alegría: “ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida”. Jesús nos descubre el contraste entre la realidad y el plan de Dios, que es amor. Descubrir a Dios en la solidaridad efectiva con el pobre brota de la íntima experiencia religiosa de Jesús.

La crítica anti-ídolátrica es esencial en la espiritualidad bíblica. Jesús considera que las falsas imágenes de Dios se le oponen más que la simple negación. Decía Von Rad que “el hombre piadoso es el que tiene más peligro de hacer un Dios a su imagen”. Jesús, que acoge a publicanos y pecadores, mantiene una dura polémica con las autoridades religiosas que le acusarán de blasfemo. Es la reacción a la vivencia más profunda de Jesús.

4.- Conviene admitir una evolución en la experiencia que Jesús tiene de Dios. No es la misma al

principio, cuando proclama la proximidad del Reino de Dios, que en la oscuridad de Getsemaní cuando suplica “*Abba*, Padre, aparta de mí este cáliz”. Si negamos en Jesús la oscuridad ante el futuro, eliminamos su libertad y su verdadera humanidad. Ante la muerte cercana, tuvo que reinterpretar sus expectativas sobre el Reino de Dios. Su muerte era el último servicio a la causa del Reino y convocó a sus discípulos para un próximo reencuentro gozoso (Mc 14, 25). La resurrección es un complemento esencial del Reino.

¿Quién es Jesús?

Es la pregunta que se formula al final el historiador. Un sector importante del pueblo judío reconoció una insólita autoridad en Jesús. Su autoridad no era legal sino carismática. Se basaba en una honda experiencia personal que encontraba un notable eco popular. Jesús reinterpretó elementos fundamentales del judaísmo a partir de su experiencia de Dios. Usa el concepto de Reino de Dios. Pero Dios, más que rey, es un Padre misericordioso. Su reino es fraternidad y supone una honda transformación histórica.

Jesús tenía una conciencia singular de la paternidad divina, pero no parece que la utilizase para asignarse ninguno de los títulos que le aplicó la Iglesia posterior. Estable-

ció un vínculo indisoluble entre el Reino de Dios y su ministerio y persona. Hay afirmaciones que manifiestan la conciencia de su papel: “... aquí hay algo más que Jonás... más que Salomón” (Mt 12, 38-42; Lc 11, 29-32). Jesús pretende ser el enviado divino definitivo. No se presentó nunca, ni al final en Jerusalén, como un mesías real.

La coherencia de su vida y la nobleza de sus enseñanzas excluyen que fuera un falsario. La elevada moral que proponía, los valores alternativos y humanizadores, las esperanzas que suscitó en los pobres, la reivindicación de la dignidad de los marginados sitúan a Jesús en la cumbre de la tradición religiosa de Israel.

Jesús plantea una pregunta sobre sí mismo que el historiador no puede responder. Sin duda la cruz fue un fracaso histórico. Pero el historiador constata que la fe de Jesús en Dios Padre era tan fuerte que la perspectiva de su muerte no le hizo abandonar su confianza en la venida del Reino. Muchos seguidores vieron la cruz como un fracaso histórico, pero la reinterpretaron y proclamaron que Jesús vivía, que Dios lo resucitó. El historiador constata esta reacción sorprendente, pero aquí acaba su competencia. El impulso que Jesús introdujo en la historia está lejos de cesar. Por esto nos preguntamos qué querían decir aquellos hombres y mujeres cuando afirmaban que Dios resucitó a Jesús.

Tradujo y condensó: CARLES PORTABELLA, S.J.